LA VIDA ES ASÍ

Philippines Free Press, Manila,
12 de diciembre de 1931, págs. 128-129[145].

Parece mentira, Estela, que tú, siendo mujer, no puedas comprender a otra mujer. Yo, que me he reído siempre de esos hombres que sientan plaza de psicólogos y analíticos y, con citar muy graves a Freud, creen poder asomarse al fondo de nuestras almas de mujer, me desilusiono viendo a otra de mi sexo desorientada en la interpretación del sentir femenino. Tú sabes que soy, como mujer, avanzada como la que más; pero mantengo que antes de pensar en arrebatarle al hombre sus legítimas conquistas —la carrera profesional, la burocracia, el sufragio, etc.— lo primero que debemos aprender las mujeres es la manera de comprendernos las unas a las otras. Si la vida, al fin y al cabo, se ha de reducir a una lucha sorda entre el hombre y la mujer —y lo es, créeme, Estela, igual en la persecución de un puesto de *clerk*[146] que en la caza de ese bicho raro y escurridizo que es el Amor— vale más que busquemos las mujeres fuerza en una mutua comprensión. Nuestro mayor defecto, amiga mía, es que mientras el enemigo común, sólido, compacto, amenaza caer sobre nosotros, dispersamos nuestras energías a lo mejor en recriminarnos como si, no bastando la amenaza de un hombre, todavía hubiese necesidad de que alguna amiga —muy íntima y muy buena, como tú, por ejemplo— se pasase con armas y bagaje a las filas contrarias…

Como tú, he dicho, y subrayándolo bravamente. Porque ¿a qué viene romper lanzas por Fermín, que será todo lo primo tuyo que

[145] Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Filipinas, también se conserva copia en la Biblioteca Rizal de la Universidad Ateneo de Manila.

[146] Del inglés: trabajo de oficina. A principios del siglo XX el número de puestos en oficinas se incrementó considerablemente, y se abrieron oportunidades para muchas mujeres que se estaban incorporando al mercado laboral urbano. Su entrada en este ambiente dominado por los varones provocó acaloradas disputas sobre la presencia y los movimientos de las mujeres en las grandes ciudades.

quieras pero que es bípedo y sin plumas, sólo un hombre? Y es otro defecto muy nuestro eso de no saber afrontar impersonalmente las situaciones del corazón como si tal fulano, que es primo nuestro, tuviese mayor derecho a nuestros afectos y a los efectos de nuestras amigas, nada más que porque es un primo nuestro. No, no; Estela. En un hombre hay que ver sólo al hombre igual que el hombre —me figuro— sólo ve en una mujer a la mujer.

Y volviendo a Fermín… ¡Bah!...

Tú sabes cómo empezó eso. Te empeñaste en llevarme a tu pueblo por las Pascuas. Fui porque aprecio tu compañía y porque, harta de la ciudad, me convenía un cambio de impresiones. Yo soy esencialmente curiosa. Quería empaparme de pueblo, de espíritu de pueblo, y —también sentimental, no te creas— quería reintegrarme a mi infancia, al brujo influjo de una Pascua pueblerina. No sabes lo que influye el ambiente, el *surrounding*[147] que dicen los angloparlantes, en un viaje de retrogresión espiritual. Recordarás que yo soy esencialmente provinciana y que, por lo mismo que llevo muchos años viviendo en Manila, siento a veces añoranzas verdaderas por la vida sencilla de las provincias.

Ver tu pueblo —tan viejo y tan tradicional— y sentirme revestida de una sencillez de alma fue una sola cosa. Me sedujeron, como una portentosa novedad, los caminos llenos de baches, la maleza amarillenta y raquítica que se adentraba en las calles, los cercos curvados bajo el peso de las enredaderas. Íntimamente me sentí confusa de llevar sobre mi persona vestigios de la ciudad: polvos de Max Factor[148], bermellón en los labios y pinceladas rojas como sangre en las uñas. En aquel ambiente, al amparo de la sencillez lugareña, la única belleza que debía ostentar la mujer era la belleza pura…

[147] Del inglés: ambiente.

[148] El nombre de esta línea de cosméticos viene de su creador. Nacido en Rusia en 1872, Max Factor emigró a Estados Unidos en 1914 donde fue contratado desde sus comienzos por la industria de Hollywood. Contribuyó a desarrollar el concepto de glamour y diseñó productos que fueran accesibles en el mercado para las mujeres. En 1918 introdujo el principio de armonía en los colores que la protagonista de este cuento refleja en esta frase.

Y me presentaste a Fermín —no negaré que es simpático, aunque un poco provincianote tu primo— tuvo inmediatamente para mí el sentido espiritual de aquellos cercos, de la maleza, de aquellos baches. Es decir, el sentido de una cosa bellamente sencilla, que encajaba con mi afán de retrogresión. No era un hombre; era una impresión…

Además, me seducía su humildad. Estoy tan harta de ver hombres dominadores, con el instinto de las cavernas claramente pintado en los ojos feroces, que en Fermín vi al hombre diferente de los demás en que siempre soñamos las mujeres. Tengo que confesar también que era la suya la humildad que me enamora: una humildad sin bajeza, hecha de esa gentileza que suelen despreciar los hombres por indicar, según errónea creencia de ellos, debilidad. Delante de mí, lo veía empequeñecido, casi anulado de tanto pensar en agradarme. Todos sus gestos eran de total renuncia de sí mismo y me parecía verle siempre convertido en la única voluntad de servirme. Era, en fin, el galán de antaño, asaz desconocido en estos tiempos de igualdad entre el hombre y la mujer.

Me dejé cortejar, ¿por qué no? No me disgustaba y en mí imperaba la sed de nuevas emociones. No diré que estuviera enamorada, que eso de enamorarse requiere tiempo; pero sí, intrigada, lisonjeada, si quieres y sobre todo, levemente inquieta como si aquello que era, en el fondo, un inofensivo *flirt* pudiese adquirir alguna seriedad.

Confieso una culpa de mi parte, a saber: que de tanto pensar en mí misma, no llegué a pensar en el otro, en Fermín. Será nuestro egoísmo natural en toda materia sentimental, o el espíritu de la despreocupación que preside mis actos; la verdad es que cuando se trata de asuntos del corazón, nunca se me ocurre que algún hombre pudiese tener también corazón. Y no pensé que Fermín, tan provincianote y, por lo mismo, tan sincero en sus sentires, podía estar enamorado de verdad.

Estuve en tu pueblo una semana. Fue una semana memorable, que no olvidaré jamás. Tus atenciones, las de toda tu familia, la simpática acogida que encontraba en todas partes, todo eso se conspiró para darme una estancia agradabilísima. Pero por encima de todo eso,

sentía que en mi alma se desarrollaba el milagro de un renacimiento y hubiese podido jurar que, desdoblada espiritualmente, la nueva mujer que era yo se extrañaba un poco de la otra que había sido hasta entonces y que probablemente volvería a ser en cuanto me hurtase el influjo del ambiente y del lugar. Era un desdoblamiento puramente emotivo y, sutilmente, comprendía que después de todo el responsable de mi nuevo estado de alma era Fermín.

¿Te extrañarás, pues, de que me haya portado durante aquella semana con él en la forma que me porté? Lo menos que le debía era gratitud: una gratitud sin reservas por aquella novedad que imprimía a mi vida, por aquellos días de sentirme renovada y, más que nada, entronizada por primera vez en muchos años, en lo cimero del corazón de un hombre sencillo y bueno. ¡Cómo llegué a despreciar, durante aquella semana, a todos estos llamados amigos míos de Manila, que nos cogen a las amigas del brazo bruscamente, nos dan un papirotazo en son de guasa y, a lo mejor, a lo mejor, se toman mayores libertades! Tú debes comprender que nosotras las mujeres, a pesar de nuestros alardes de modernismo, somos esencialmente las mujeres que eran nuestras abuelas: ansiosas de homenaje, deseosas del rendimiento que es, cuando menos, respeto en el hombre. Y Fermín era todo eso y más; caballeroso y fino, incapaz de tocarme las puntas de los dedos bajo ningún pretexto.

Fermín me quiere, dices tú. Lo creo, lo sé. Y de ello tengo, en parte, la culpa. Yo le animé, agiganté la fragua de su cariño con gestos y actitudes que en su mentalidad primitiva —sí, sí, primitiva— interpretaría reveladoras de cariño también de mi parte. Fermín no tiene nada de analítico, nada de psicólogo. Interpreta las cosas con la justa medida de su propia sinceridad y no puede llegar a concebir siquiera que, por hábito o por naturaleza, podamos las mujeres no dar importancia a nuestros actos. El resultado fue que, mientras por sentido de gratitud me mostraba buena, el pobre Fermín empezó a forjarse castillos en su cabeza y a suponer que yo, mujer de la ciudad, se había rendido a la semana a su pasión.

Y no, no; Estela. No estoy rendida, ni lo estuve nunca. Si hubiese permanecido más tiempo en tu pueblo… quizás. Tú sabes que, después de todo, los sentimientos nacen tanto del corazón como del ambiente, de la atmósfera. No es lo mismo, por ejemplo, oír palabras de pasión a las siete de la mañana cuando todavía no nos hemos bañado, que a las nueve de la noche, bajo la caricia maga de las estrellas. Tú sabes que luego me volví a Manila y en Manila ocurrió un nuevo desdoblamiento en mí. La mujer pueblerina que fui durante una semana moría ahogada, anulada a la hora de llegar yo a la capital por la otra mujer que soy ahora otra vez. Tengo que decirte que hasta, pensándolo bien, me parece un poco ridículo que un hombre físicamente tan fuerte como Fermín esté tan rendido, tan lleno de cortesías y gentilezas. En Manila otra vez, prefiero estos amigos que te cogen del brazo bruscamente, te dan un papirotazo en son de guasa y, a lo mejor, a lo mejor, se toman mayores y más sabrosas libertades…

Y dale a Fermín, el pobre, este mensaje que es cruel pero sincero:

—La Vida es así…